

CAPÍTULO XXVIII. *De los dioses Xiuhtecuhtli, abogado de el fuego, llamado Vulcano; Iyacatecuhtli, dios de los mercaderes, llamado Mercurio*



XIUHTECUHTLI QUIERE DECIR señor del fuego o dios de el fuego; y esto es porque todas estas gentes tuvieron al fuego por dios y hacíanle fiestas y sacrificios, como si verdaderamente fuera Dios. Éste es aquél tan antiguo y celebrado de los caldeos y de otras muchas gentes; y el que por otro nombre se llamó Vulcano, que según *Etimología* de San Isidoro,¹ es *volans candor*: una blancura que vuela, que es la llama que cuando está bien encendida parece muchas veces blanca. Este Vulcano indiano se llamó también Huehuetéutl, dios viejo y antiguo y debió de ser, por ser de las cosas más antiguas que las gentes conocieron o porque consume y deshace todas las cosas que recibe; también le llamaron Ixcozauhqui, que quiere decir cara amarilla, o ojos amarillos, por la color que hace en su encendimiento. A este dios fuego hacían fiesta en el último mes de su calendario, como vimos en su libro, que es el deciocheno suyo y cae en el mes de enero nuestro; honrábanlo como a dios, porque los calentaba, cocía el pan y guisaba la carne y por esto en cada casa le veneraban; y en el mismo fogón o hogar, cuando querían comer, le daban el primer bocado de la vianda, para que allí se quemase; y lo que habían de beber lo había de gustar primero, echando en el fuego parte de el licor; adornábanlo con flores, pero no muy dentro, sino fuera, porque es dios tan riguroso, que todo lo consumiera; y aunque esto atribuían los indios a su propia virtud, digo, que es así, que es propia virtud del fuego quemar y consumir todo lo que recibe; pero los que con conocimiento verdadero y no con depravada razón, como estos indios tenían, entienden esto y saben que esta virtud natural no la tiene por sí mismo, sino por el verdadero Dios que lo crió, y cría todas las cosas, y quema, sin poder hacer otra cosa, en recibiendo en sí el combustible o la materia que es quemable, porque es agente natural y no libre; y como tal no puede dejar de ejecutar su acción y fuerza; y por esto digo, que es Dios (aunque con falsa opinión de estas engañadas gentes) muy riguroso, pues si tiene virtud de quemar no la tiene para suspender su acción; y Dios que no tiene poder para hacer y deshacer y para ejecutar y suspender la cosa conforme conviniere; yo no le tengo por Dios, ni es razón que ninguno lo tenga por tal, ni lo crea.

Los mercaderes tuvieron dios particular, al cual llamaron Iyacatecuhtli y por otro nombre se llamó Yacacoliuhqui, que quiere decir el que tiene la nariz aguilena, que propiamente representa persona que tiene viveza o habilidad para mofar graciosamente o engañar y es sabio y sagaz (que es propia condición de mercaderes); éste es el dios Mercurio antiguo, el cual

¹ Div. Isidor lib. 8. Ethymol. cap. de Diis Gent.

dicen Tulio² y Leoncio, que fue hijo de Valente y de Phoronis; y que naciendo en Egipto vino a España y en ella enseñó el arte de la mercadería y todo género de cambiar, por las cuales cosas fue entre aquellas gentes llamado dios de los mercaderes; llamáronle Trofon, que en griego quiere decir convertible; y esto es, porque los mercaderes de gruesas mercaderías han de discurrir por diversas tierras y han de comunicar muchas gentes, haciendo sus viajes así por mar como por tierra, y hanse de conformar a la traza o manera de todas ellas, porque de otra suerte no habría comunicación de comprar ni vender. Pues a este Mercurio antiguo, llamado de estos indios Yacacoliuhqui, tomáronle por su dios por la vivacidad y delicadeza de ingenio que mostraba, y por ser muy sabio en el arte de la mercadería. A éste hacían cada año fiesta, sacrificábanle hombres y hacíanle grandes solemnidades.

Este Mercurio, en tiempo de la gentilidad, fue tenido en grande honra entre los de España y Francia, en las cuales tierras era muy conocido; y dice Julio César³ que los franceses adoraron a este Mercurio y le tenían por hallador de muchos artes y por señor y guiador de los caminos y tener mucho poder en las ganancias de las mercaderías. Y porque se vea cómo el demonio siempre ha sido uno, en sus malas artes, quiero que vea el que leyere este capítulo, cómo el engaño que en aquellas gentes hizo, le hizo también en éstas, y cómo se dejó servir y adorar de estos mercaderes indios como de esotros españoles y franceses.

Estos indios occidentales iban de unas provincias a otras a mercadear; y como no tenían caballos ni otros animales en que llevar sus cargas, ellos mismos se las llevaban a cuestras; y porque los riesgos de los caminos eran grandes, juntábanse muchos para ir en compañía a hacer su jornada; llevaban en la mano un bordón o báculo de palo negro y sin nudos y decían que era la imagen de este su dios Yacacoliuhqui, o Mercurio indiano, y que la llevaban en la mano para defensa y amparo en sus riesgos y peligros; y a la noche, cuando llegaban a la posada, juntaban todos los báculos o bordones, y atándolos por medio ceñíanlos con una cinta y les hacían sacrificio, derramando sangre delante de ellos dos o tres veces en la noche; de manera que no sólo adoraban el ídolo de este fingido dios, sino también su báculo, el cual llevaban en las manos para ser mejor guiados de su falso dios, porque también creían estos indios que era guiador de caminos, como las otras gentes de el mundo (aunque mejor dijeran salteador de caminos, pues en ellos robaba a Dios su gloria y honra, haciéndose adorar en ellos, no siendo suya la adoración). De esta manera caminaban estos mercaderes, los cuales para partir de sus casas y pueblos usaban de muy grandes ceremonias; y después, en el discurso del camino y cuando volvían, como se verá en la fiesta de el signo, llamado acohuatl, en el libro del arte adivinatoria y en otra parte.

² Cicer. 3. de Nat. Deorum.

³ Cesar, lib. de Bello Gallico.